

El regreso

Manuel Campa

Está llegando a ser una opinión generalizada que lo más deseable es que ningún joven tenga que salir de Asturias. Yo creo que, si este deseo se hiciera realidad, y nadie rebasara el Pajares ni para formarse ni para trabajar, en quince o veinte años tendríamos una autonomía formada por perfectos cafres, que cantarían, en su himno, “tengo de bajar del árbol”. Pienso, exactamente, lo contrario: que sería sumamente beneficioso para esta región que la gran mayoría de nuestros jóvenes pasaran algunos años por el mundo adelante. Ya está sucediendo, y lo que deberíamos aspirar es a que esos nuevos emigrantes, en una buena parte universitarios, pudieran regresar un día, encontraran aquí un trabajo digno. En otras palabras, que se primara, no el quedarse aquí calentando el sitio, sino el formarse y ver un poco de mundo. Ahora mismo, acaban de obtener plaza en Asturias cerca de cuatrocientos profesores asturianos que, antes del último concurso de traslados, enseñaban en otras autonomías. Yo no creo que haya sido malo para la formación de estos jóvenes profesores su estancia fuera de Asturias. Hubo unas formidables generaciones de asturianos, que emigraron a América en el primer cuarto del siglo pasado. Los que regresaron eran, en su mayoría, cultos, buenos conversadores, comprensivos y con una gran mundología. Eran cultos porque la emigración los había hecho conscientes de sus limitaciones, pero, a la vez, valoraban, sobre todo, los conocimientos que les habían faltado para progresar profesionalmente:

Dimpués si jui pel mundiu alantre
Coles manes dures pa move'l jachu
Y hobu algún cabrón que-i jeciu trampes
Por non saber de cuentas ni escribachos... (F.Prieto).

Pero aquella generación de asturianos viajados, emigrantes a América, fue seguida por otras que no salieron, en su mayoría, más que para hacer la mili. Hubo, sin duda una caída en el ambiente cultural de las aldeas de nuestra región. La emigración europea significó una recuperación, aunque el regreso ya no fue, generalmente, al pueblo sino a Oviedo y Gijón o a las villas. El resultado beneficioso, tanto económica como culturalmente, de la emigración no debe hacernos olvidar el alto precio inicial para los pueblos que se quedaban sin juventud:

Dexáronmos equí
Pa morrer solos y amanciaos
Como manzanes vieyes...
Y los corazones esgonciaos
Como en dayuri les portielles.(F.Prieto)

El síndrome del aislamiento de los asturianos, por las malas comunicaciones, tal vez se deba, también, al sentimiento de soledad de los viejos, por la emigración tradicional de los más jóvenes.

Las formas tradicionales del regreso van, desde la figura del indiano, rico, viejo y enfermo, que se casa con una moza joven –como lo retrató Evaristo Valle–, hasta el americano del pote, que regresa pobre, tan bien descrito por Celso Amieva. Aunque la

figura del regreso que mejor corresponde a la emigración actual corresponde, probablemente, a los versos tan justamente famosos de Kavafis:

Ten siempre a Itaca en la memoria
Llegar allí es tu meta
Mas no apresures el viaje
Mejor que se extienda largos años
Y en tu vejez arribes a la isla
Con cuanto hayas ganado en el camino
Sin esperar que Itaca te enriquezca.
Itaca te regaló un hermoso viaje.
Sin ella el camino no hubieras emprendido
Mas ninguna otra cosa puede darte.

Pero, para el regreso a Itaca, primero hay que salir de la pequeña patria, como propone Pérez de Ayala:

Pero escuché el consejo homérico:
“Sé un hombre, sal de Grecia,
pon la mira en el blanco
adonde un interés universal converja.”